

con el mundo. Pero cuando una asociación católica—que, aparte de eso, apenas manifiesta su vitalidad—da un baile ó una reunión danzante; cuando hasta un convento de religiosas ó un orfelinato, expone á los aplausos y á los halagos de todos, pobres niños con disfraces bíblicos, ó trajes de santos, pero en realidad como imágenes vivas de la vanidad, del disimulo, del afán de agradar, todo escrúpulo desaparece. Dase como pretexto que eso se hace en nombre de la religión, por buen fin, por honor de Dios.

Sabemos muy bien que, al censurar todo esto, es la mejor manera de atraerse la nota de exageración y de pesimismo, y precisamente de parte de quienes debieran negarlo, y que lo afirman, sea por respetos humanos, sea por cierto atractivo interior. Pero hay en eso también razón para hablar con mayor franqueza, respecto del asunto. ¿No se ven, efectivamente, eclesiásticos que asisten al teatro, á la ópera? ¿No se les encuentra en las reuniones profanas de todo género, en los conciertos, en los cafés, en las fiestas públicas, en los espectáculos y diversiones mundanas?

Ciertamente, las más de las veces no lo hacen por divertirse,—dicen—sino para hallar acceso entre aquellos que no acuden á la iglesia, y para dar ocasión al mundo de hacer ver que no son tan groseros y oscuros como ordinariamente se les considera.

¡Qué ilusión! Tiempos hubo en que se deploraba el ver á los sacerdotes manteniendo relaciones sobradamente constantes con las familias. Creíase entonces que, haciendo visitas excesivamente frecuentes, y aceptando invitaciones inútiles, comprometían su situación, y se perjudicaban á sí mismos y á quienes trataban sobrado familiarmente. Y ahora, ¿querríase que las ocupaciones más mundanas cuadraran á su estado? Y ahora, ¿no sería una vergüenza verlos mezclarse con los criados en las antesalas de los ricos, rebajarse al papel de lectores, de gente chistosa, de compañeros de juego ó de mesa, para intentar merecer la reputación de personas que comprenden su época? ¿No sería

ridículo ver algunos que, para lograr algún día un buen puesto, ó para obtener un título cualquiera, llevan la sombrilla de la señora condesa ó el paraguas del señor ministro, dirígenles ingeniosas poesías, ó se muestran llenos de miramientos con su perrillo?

Es vieja lepra que, al parecer, supura constantemente. Pero, al menos, en pasados tiempos, llamábase por su verdadero nombre, y combatíase ese mal pegado al cuerpo de la Iglesia.

Ya San Epifanio dirigía vivos reproches á los señores de corte con traje eclesiástico. <sup>(1)</sup> En la Edad Media, una porción de prescripciones procedentes de la autoridad espiritual habían condenado la conducta de esos bufones de corte, de esos juglares, de esos saltimbanquis, de esa peste de la Iglesia, como se decía entonces. <sup>(2)</sup>

Si, más tarde, se inventó para ellos el nombre menos chocante de *abates*, y si se les presenta hoy todavía como modelos á las personas de su estado, como los únicos ministros de la religión verdaderamente distinguidos, y al corriente de las costumbres del mundo, ¿es que, por ello, su conducta ha dejado de ser escandalosa y triste para los fieles, indigna de su elevada vocación, y ridícula para sus enemigos?

Antes de ahora, la opinión pública había obligado á esos pobres híbridos á presentarse en su porte exterior, como anfibios, mitad eclesiásticos, mitad seculares, mas por doquiera como faquines. Con eso lisonjeábanse, como el abad Bermudo en la corte del rey Fernando, de llevar tan bien la sotana en el coro, como en la guerra el estandarte. Á lo cual un conocedor de los hombres como el Cid, respondía: «Hermano, la sotana siéntaos mal». <sup>(3)</sup>

Tal era igualmente el lenguaje de aquel hombre franco, llamado Reinmar de Zweter: «Con frecuencia veo—decía—

(1) Vita S. Epiphan., 5, 39 (Bolland. Mai. III, 45, Palmé).

(2) Goliardi, bufones, trutanni, ribaldi: c. 1, VI, 3, 1. Conc. Trevir., 1227, c. 9. Conc. Castri Gonterii, 1231, c. 21. Concil. Colon., 1300, c. 12. Conc. Salsburg., 1310, c. 3.

(3) Cid (Herder), 41.

hábitos religiosos cortados según las reglas de su Orden; veo vestes hechas como las que deben llevar los sacerdotes. Desgraciadamente muy raros son los que las llevan bien. Medio peces, medio hombres, no son ni peces ni hombres. La presencia de un monje mundano y de un eclesiástico de corte sublévame de disgusto el corazón.

»He hablado en términos severos únicamente del monje mundano y del sacerdote cortesano, pues los que son fieles á su vocación merecen toda mi estimación y todo mi respeto. Vosotros, monjes, tened, pues, las costumbres del monasterio y no las del mundo. Vosotros, sacerdotes, dejad la corte y servid á Dios con honor». <sup>(1)</sup>

Tal acontecía antes de ahora. Pero, actualmente, vense igualmente eclesiásticos y religiosos que dejan el traje de su estado, de suerte que habláis con ellos durante algunas horas, sin saber con quien tratáis.

**4. La mediocridad en el terreno de la fe y del pensamiento.**—Si la mediocridad causa graves daños en el terreno de la vida cristiana, todavía los causa mayores en el de la fe y en el del pensamiento. En antiguos tiempos, como en los tiempos modernos, la Iglesia ha combatido como á la más acerba de todas sus amarguras, como enfermedad contagiosa, <sup>(2)</sup> como seducción para los débiles, y como apoyo prestado á sus enemigos, cierto aire liberal y ciertos tonos de compañerismo con el error y la incredulidad. Á pesar de eso, necesario es que tenga siempre el dolor de ver introducida esa peste precisamente por aquellos que, en virtud de su vocación, más bien debieran oponerse, con peligro de su vida, á la introducción de ese culto medio idolátrico. <sup>(3)</sup>

Fácil es comprender porqué así sucede.

De una parte, la mediocridad que, en la vida práctica, prefiere más bien el espíritu del mundo á la voluntad santa de Dios, empuja, como es perfectamente natural, á

(1) Según Reinmar von Zweter, 2, 131 (Hagen, *Minnesinger*, II, 201).

(2) Gregor. IX, *adv. magistr. Paris.*, d. 7 Iul. 1233.

(3) Gregor. XVI, *adv. Hermes*, d. 26 sept. 1835.

mantener igual conducta en el terreno de la enseñanza. El pensamiento y la vida no pueden andar nunca separados. Cuando el uno sufre, el otro no lo pasa bien. Pero necesario es, casi siempre, buscar en la práctica el comienzo del mal del espíritu. Una vez extinguido ahí el espíritu eclesiástico, sería necesario no tener conciencia, si no se tratase de forjarse principios mediante los cuales se pudiese hacer desaparecer el malestar sentido en el corazón.

Es caso viejo práctico. Ya en la Edad Media, decíase que esos eclesiásticos mundanos de que ahora se hablaba, pagaban las golosinas que recibían en la mesa de los grandes, con chistes lanzados contra la fe y su guarda, el Papa, contra Roma y la Iglesia. <sup>(1)</sup> Parecían sentir la necesidad de rechazar las alabanzas un tanto equívocas otorgadas á su vida sobrado libre, por la gloria de hacerse pasar por gentes ilustradas.

Por otra parte, Gregorio Magno vió ya que aquellos que á sí mismos se buscan, y que, por lo tanto, aceptan las enseñanzas de la fe, pero no sus obligaciones, y éstas únicamente cuando reportan honores exteriores, tórnanse casi siempre sus mayores adversarios, tan pronto como alguna tempestad se levanta contra ella y pide sensibles sacrificios. «Ni siquiera se les ocurre estudiarla mejor—dice el caritativo santo.—Prefieren chucherías que halagan el corazón y los oídos. Pero bien pronto su corazón flaquea y luego su fe vacila. Vense entonces atormentados por los reproches de su conciencia, y acaban por hacerse los adversarios más encarnizados de la verdad y de sus defensores». <sup>(2)</sup>

«Y de esta suerte,—dice San Agustín,—engañanse á sí mismos, y seducen á otros. En apariencia, parece que miran las verdades de la fe desde un punto de vista más liberal y más en conformidad con los tiempos. En realidad, obedecen á una tendencia que nada tiene que ver con la fe ni con la religión». <sup>(3)</sup>

(1) Silv. Giraldu, *Specul. eccl.*, 4, 16 (Du Cange, Goliardi).

(2) Gregor. Magn., *Moral.*, 19, 56; 20, 77.

(3) Augustin., *Conf.*, 4, 1, 1.

Ese triste hecho tiene además todavía una tercera explicación. Demuéstranos cuán fácil es mover á cualquiera para que tome parte en el asalto contra el Cristianismo y la Iglesia, con tal que no deje ver claramente tal intención.

Después de haberse estrellado contra los inexpugnables muros de la Iglesia de Dios, cada gran defección ó tormenta vióse seguida de esfuerzos hechos para hacer penetrar en la ciudadela de Dios, por medio de minas secretas y disfrazadamente, el mismo espíritu que no había logrado vencer en franca lucha. El semiarrianismo, sucedió al arrianismo; el semipelagianismo al pelagianismo; el monotelismo al monofisitismo. Del kantismo salió el diluvio de las teologías y filosofías kantianas de Salat, Mutschelle, Hermes y muchos otros. Del panteísmo gnóstico-maniqueísta de Schelling, salió la tentativa—que felizmente no cuajó—de Rosenkrantz, pretendiendo salvar la vida á la fe en peligro á causa de un pretense panteísmo católico. Lo que el calvinismo no había conseguido con su inflexible rigidez, el jansenismo intentó lograrlo por medio de falsa piedad, de ductilidad y de engaño. Si el César-papismo había dejado ver su debilidad en las groseras erupciones de su violencia contra la Iglesia católica, el galicanismo y el josefismo trataron de sacar mejor éxito mediante hipócrita sumisión respecto de ella, por medio de su celo en favor de la fe, y mediante generosa benevolencia. <sup>(1)</sup>

Igualmente hoy, necesario es conmover y limar, por todos esos desgraciados compromisos que existen en nuestro tiempo, aquello que todavía ofrece resistencia al racionalismo imprudente y á la incredulidad radical.

Es una desgracia que, en todas esas circunstancias, sean miembros del clero quienes se presenten para hacer esa labor de zapa. Cuando las ideas de Rousseau hubieron preparado la gran Revolución, Sieyès fué quien creyó prestar un favor á la buena causa, dándoles la última limadura.

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 248.

Bajo la dominación del liberalismo, halláronse centenares que le prestaron el apoyo de la teología para patrocinar su parecer acerca de los misterios, acerca de lo sobrenatural, acerca de la fe, acerca del interés y acerca de la usura. Y hoy, que todo se democratiza, falta poco para que veamos á sacerdotes católicos partidarios de las doctrinas socialistas de Marx, y de la independencia democrática en materia de disciplina eclesiástica.

Admitimos que los que favorecen esa tendencia, y principalmente los que trabajan en introducirla fraudulentamente en la Iglesia, conocen poco todo el alcance de sus actos. Pero eso nada cambia del hecho que consiste en la ruina de la fe y la disolución del poder y de la disciplina de la Iglesia. Eso tampoco nada cambia en la responsabilidad de quienes se prestan á esa labor. Que se equivoquen tocante á la importancia de su empresa, es posible; pero en lo que jamás pueden equivocarse, es que el asunto da que pensar, y que nunca querrían tener parte en eso, si no se sintieran influídos por la opinión pública, y atraídos por el incentivo de los aplausos del mundo. Pues bien, ¿es dado, sin pecar, proceder contra la propia conciencia en asuntos tan graves?

¿En qué consiste, pues, el fin manifiesto de todas esas tentativas de nivelación? Sus representantes hállanse con frecuencia muy lejos unos de otros; hasta frecuentemente son entre sí enemigos; pero convienen todos en un principio: poner de acuerdo la fe, ó más bien la conciencia cristiana, como ellos dicen,—pues no gustan de emplear la palabra *fe*—con la conciencia de la época, con las ideas modernas, con la única manera de ver que puede reivindicar la aprobación de las personas instruidas.

He ahí la primera cosa.

Hay otra como consecuencia. Para estar de acuerdo con la época y su manera de ver, piden que la Iglesia, y con ella la religión, rebajen un poco en sus ideas y en sus principios añejos. Si, en las opiniones teológicas pasadas de moda, y á veces sobrado severas y excesivamente ex-

clusivas, no se cediese en muchos puntos, nada podría quedar en pie. <sup>(1)</sup>

He ahí una confesión que ellos mismos hacen. ¡Entonces los divinos y eternos principios de fe, por los cuales el Unigénito de Dios entregó su vida, por los cuales el ejército glorioso de los mártires derramó la última gota de su sangre, por los cuales los Padres, los Santos y los Doctores han sufrido el destierro, el desprecio, la muerte misma, son opiniones teológicas pasadas de moda, vieja mercancía que se cree poder negociar como plazca, y cambiar por una sonrisa benévola, por un cumplimiento desdeñoso, por algunas monedas dadas por favor! ¿Y sería necesario comprar á ese precio el acuerdo con las ideas modernas?...

No, eso fuera pagarlo sobrado caro. Es contrabando que no debemos comprar. Es querer pagar con dinero que no nos pertenece. Pues bien, negocio semejante es tan injusto como ilícito, si es que no merece ser llamado una traición.

##### 5. El Cristianismo hállase minado en tal sentido.

—Por esta razón, hácese difícil creer que esos esfuerzos proceden formalmente del deseo de resucitar en el mundo la estima de la fe cristiana y la vida de la Iglesia.

Si así fuese, los promovedores de esas ideas tratarían manifiestamente de presentar la doctrina de la Iglesia y la vida cristiana en una pureza y en una perfección tan elevadas como fuera posible. Pero su primer y su postrer fin es con frecuencia todo lo contrario, es decir, que no tienen sino una sola intención: descartar todo lo sobrenatural y todo fervor, hasta tal punto, que cuesta trabajo reconocer en eso la fundación de Jesucristo y de los Apóstoles.

Pero si los representantes de esta tendencia se avergüenzan del Salvador mismo y de sus palabras; <sup>(2)</sup> si hacen lo que se requiere para que se les cuente en la masa

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 377 y sig.

(2) Luc., IX, 26.

de aquellos que menos valen en la Iglesia, en tanto que los Apóstoles, los grandes doctores y los santos hanse gloriado de la vergüenza de Jesucristo y de la locura de la cruz, <sup>(1)</sup> ¿cómo pueden entonces alimentarse con la ilusión de que llevarán al mundo á confesar gozosamente el nombre ultrajado de Jesucristo?

Lo más curioso que hay en eso está en que, de una parte, esos hombres llevan con frecuencia ventaja á su época en despreocupación tocante á la crítica referente á lo que la Iglesia manda ó tolera, y en predilección por las opiniones arriesgadas, y que, por otra parte, exígenle que acepte, sin decir palabra, como verdad inmutable, lo que quieren obligarla á aceptar.

Abstracción hecha de la injusticia y de la inutilidad del procedimiento, esto debe llevar á la ruina de la fe en la divinidad del Cristianismo. Por otra parte, el mundo cree sencillamente que las doctrinas de la Revelación son obra de los hombres y de las tendencias de una época que por fortuna pasó ya. Si ve ahora que sus propios defensores hablan en tal sentido, ve en sus palabras, y con razón, la confirmación de su prejuicio.

Para no citar más que un ejemplo sabido, ¿qué impresión debió experimentar cuando Beda Mayr escribió una *Defensa de la religión cristiana*, que él mismo necesitó defender mediante vasta apología y por medio de una serie de artículos, contra el cargo de haber desfigurado ó abandonado las cuestiones fundamentales más importantes del Cristianismo?

6. La destrucción de lo sobrenatural es el triunfo del mundo.—Toda esa tendencia tiene, si no como fin declarado y querido, á lo menos como consecuencia, por una parte, el empobrecimiento de todo lo verdaderamente cristiano, ó, como preferimos decir para evitar todo equívoco, de la vida de la Iglesia y del espíritu católico, y, por otra, la subordinación del Cristianismo al espíritu y á los poderes que reinan en el mundo.

(1) Act. Ap., V. 41. I Cor., I, 17 y sig.

Si tuviéramos que decir brevemente cuáles son el verdadero contenido y el fin postrero de ese liberalismo solapado, haríamoslo así: Tiende á rechazar lo sobrenatural y á subordinarlo, no á lo natural como pudiera creerse, sino al mundo. Necesita destronar al Dios del Cristianismo, al Dios Santo de la Revelación, en favor del falso humanismo.

Todo eso hállase tan bien velado con palabras al parecer inofensivas, que, en verdad, los defensores más celosos de tal tendencia protestarán contra semejantes imposiciones. Mas, lo que hemos dicho permanece, sin embargo, incontestable. Esos defensores de la nivelación entre el Cristianismo, el mundo y la humanidad, son ciegos instrumentos en manos de aquellos que saben para qué los emplean.

¡Oh! sí, amamos sobradamente al mundo, sobradamente le tememos, hallámonos sobradamente penetrados de sus sentimientos! Que aquel que se crea exento de estas tres faltas, nos arroje la primera piedra. Pero quien no haya por entero perdido la inteligencia para la verdad, golpee su pecho, y se nos una para confesar que todos padecemos la influencia del espíritu de la época, y que todos nos hallamos atacados de la enfermedad que el mundo padece. Todos hémonos hecho sobrado mundanos, no digo sobrado naturales. ¡Pluguiera á Dios que fuéramos á lo menos eso! Pero lo verdaderamente natural nos es tan extraño como lo sobrenatural, y tan apartados de ello estamos, porque nos hemos dado al mundo. Nuestra gran desgracia procede de nuestra falta, el desconocimiento, la deformación, la negación de lo sobrenatural.

Debiéramos pensar y obrar de manera enteramente sobrenatural, ó, como la Escritura dice, en el Espíritu, <sup>(1)</sup> de manera celestial, <sup>(2)</sup> divina. <sup>(3)</sup> Deberíamos vivir en Jesucristo, <sup>(4)</sup> revestirnos de Jesucristo. <sup>(5)</sup> Jesucristo debería vivir en nosotros. <sup>(6)</sup>

(1) Gal., V, 16.—(2) Phil., III, 20.—(3) Col., I, 10, I Thess., II, 12.  
(4) Rom., VI, 11.—(5) Rom., XIII, 14.—(6) Gal., II, 20.

El mismo Salvador enseñónos el camino y los medios para llegar á eso: negarse á sí mismo, llevar la cruz, imitar á Jesucristo. <sup>(1)</sup>

¿Pero quién soporta tan sólo que así se le hable? ¿Quién aspira todavía seriamente á fines tan magníficos? No pensamos en esa gran labor, única misión del cristiano, y detestamos los medios que á eso nos llevan. ¿Es Jesucristo quien en nosotros piensa, siente y vive, ó es el mundo? ¿Podemos decir con toda verdad que doblamos la rodilla tan sólo ante el Dios vivo del cielo y de la tierra? ¿Qué poder es aquel á quien veneramos y tememos?

Y si hoy el Espíritu de Dios nos levantase entre el cielo y la tierra, como en otro tiempo al profeta Ezequiel, y nos hiciese ver el camino de Jerusalén como Él mismo lo ve á la luz de su saber infinito, ¿qué veríamos? Lo que vió el profeta entonces, cuando la ciudad santa caminaba delante de su castigo. En el atrio de los gentiles, precisamente en el sitio por donde se pasaba para ir al altar, había colocado la imagen de Venus Astarté, <sup>(2)</sup> como si se hubiera querido provocar la cólera de Dios. <sup>(3)</sup> Nadie podía entrar ni salir de la casa del Señor, sin que sus ojos no viesen aquella estatua.

Menos mal todavía. En el interior del templo mismo, habíanse por doquiera colocado, á lo largo de los muros, todos los ídolos de la época, todas las atrocidades capaces de agrandar al pueblo, y los más viejos de la casa de Israel manteníanse en pie ante tales imágenes con un incensario humeante en la mano. <sup>(4)</sup>

Pero, sobre todo, en el santuario es en donde se mostraban las más horribles abominaciones. Allí encontrábanse los sacerdotes y los levitas que vivían del altar. Pero, en vez de cuidarse de su servicio, volvíanle la espalda, y, teniendo en sus manos un ramo de olorosas flores, miraban al sol naciente. <sup>(5)</sup>

(1) Matth., XVI, 24; X, 38.

(2) IV Reg., XXI, 7; II Par., XXXIII, 7.—(3) Ezech., VIII, 3, 5.

(4) Ezech., VIII, 10, 11.—(5) Ezech., VIII, 16, 17.